

GLORIAS DONOSTIARRAS

El Dr. D. Claudio Delgado Amestoy.

(Continuación.)

Hasta ahora hemos presentado al Sr. Delgado en su actuación brillante en el mundo de la Ciencia, ahora vamos a conocer al hombre en la intimidad de su hogar.

Para ello recurriremos al concurso del doctor Romero, quien en la Revista Vida nueva, de la Habana, nos lo describe en los siguientes términos:

«Jamás su tipo de hombre venerable, respetado por todos y por todos querido, se borrará de nuestra memoria: su figura decía mucho y expresaba más al conocerle por vez primera. De baja estatura, grueso, brillante calva, bigote cano y tras sus cristales-gafas ojos de inquisitoria mirada, escrutadora, reveladores de su afán investigador. Aunaba a sus grandes conocimientos médicos y a su extensa cultura un trato atrayente inspirador de fe y valor para el desanimado enfermo.

»Muchas familias, de las cuales fué al mismo-tiempo que médico concedor y habilidoso, piadoso y bondadoso consejero, lo recordaran con verdadero y respetuoso cariño y llorarán a este grande hombre que encarnaba al médico de familia, tipo que ha desaparecido de nuestro ambiente profesional.

»¡Pero cuán cambiado estaba Delgado en estos últimos años! Había abandonado sus estudios y suspendido su labor médica de muchos años de ejercicio continuado. No hará un mes y medio que lo viera y confieso que me costó gran trabajo reconocerle.

»¡Era tanta ya la consunción de los años, los reveses de fortuna y multitud de desengaños sufridos!

»Aun me acuerdo de las palabras con que me despidiera:

»—Voy a morir, hijo mío, y quiero que el cielo de mi patria recoja mis últimos suspiros. Sólo me voy con la tristeza y sentimiento que experimento al separarme del calor familiar y de tanta amistad y afectos conquistados.

»Y así era, pues parecía despedirme de un cadáver ¡tal fué fielmente la impresión que me produjo!, de un cadáver que me trataba de hijo con gran derecho, ya que fueron sus manos el primer contacto que sintió mi cuerpo al venir al mundo.

»Cumplió su misión social como hombre honrado, caballeroso y digno y médicamente con la admiración de todos sus compañeros.

»Su vida fué digna de ejemplo por todos conceptos y el vacío que deja como el de todos estos grandes hombres, será muy difícil de llenar.»

El doctor López del Valle agrega por su parte:

«Delgado era el médico, el amigo, el contertulio de las más distinguidas familias y de los personajes que ocupaban elevadas posiciones en el Gobierno en esos tiempos. Y él era un hombre de vida tranquila, de gustos sencillos y modesto hasta la exageración, no aprovechaba para sí esas ventajas que le ofrecían su posición y sus amistades.»

Estaba casado con D.^a Dolores Alonso Herrera y deja un hijo, don Abelardo. Ambos constituían el caudal preciado de sus más caros amores.

Al decidir el viaje a Europa, su cariñosa esposa intentó acompañarle con vivas instancias. No lo consistió el Dr. Delgado recordándole el deber de asistir a su madre. A iguales requerimientos del hijo, respondió con idénticas razones: debía quedarse para acompañar a su madre, a la esposa del sabio médico.

El viaje, decía él, era con el propósito de recobrar la salud perdida, con los aires puros de esta su ciudad natal a la que profesó toda la vida vehemente y cariñoso recuerdo.

Pero ya hemos visto que el Dr. Romero nos descubrió su íntimo pensamiento, que era el de buscar tranquilo reposo a sus restos, aquí donde se mecía su cuna.

El Comercio, de la Habana, decía también:

«Enfermo, anciano, amargado por las ingratitudes de los hombres y de no pocos de sus compañeros de profesión que quisieron restarle prestigios científicos, el Dr. Claudio Delgado salió hace poco para

España con la decisión de morir en su patria. Y decimos así, porque como médico sabía muy bien el mal que iba minando su existencia.

»Pensaba el Dr. Delgado ir a morir a San Sebastián, la hermosa ciudad que fué su cuna.»

Y añade a este propósito la notable escritora Eva Canel, en su recomendable libro «Lo que ví en Cuba».

»Cuando este libro vea la luz el Dr. Delgado ya no estará en Cuba. Se habrá marchado a España el 20 de Junio (1916) a bordo del Alfonso XIII. Se habrá marchado solo, con sus años, con sugloria, con sus enfermedades, con sus decepciones, con las ingratitudes que han amargado su vida y aceleran su muerte. El Dr. Delgado va buscando la tierra que le vió nacer para que sea ella la que reciba el abono de su gloria. No podemos equivocarnos los que le conocemos.»

Dispuesto, pues, el viaje, el Dr. Delgado escribió a su entrañable amigo y respetable convecino nuestro D. Pedro C. Bidaguren, la carta que reproducimos a continuación y en la que se siente palpar el intenso amor a su querido choco, como llama a nuestra ciudad con filial y tierno acento.

«Habana 17 Junio 1916.

»Sr. D. Pedro C. Bidaguren.—San Sebastián

»Consecuente y querido amigo: casi en momentos de partir a embarcarme en el vapor *Alfonso XIII*, que saldrá esta tarde para España, te dirijo las presentes líneas.

»Motivan este viaje, el estado decadente de salud en que me encuentro desde hace meses, y la esperanza que vislumbro de restablecerme bajo la influencia bienhechora de los aires nativos, ya que no padezco ninguna afección orgánica incurable.

»Tiene, pues, por objeto primordial y principalísimo la presente epístola, el suplicarte que, con tiempo, si hubiera posibilidad, me busques en ese nuestro querido «choco», un alojamiento confortable y económico donde poder hacer vida sosegada y tranquila de familia, en un hogar modesto y respetable, apartado del tráfigo y bullicio de los grandes hoteles en la presente estación, que ya calculo cómo estarán atiborrados de forasteros y extranjeros. Advierte que tengo el propósito de permanecer entre vosotros una larga temporada, toda la que necesite para recuperar mi quebrantada salud, así que, no seré un huésped transitorio, si me va bien.

»Pienso desembarcar en Gijón, que es uno de los puertos de escala, porque tengo asuntos que arreglar allí donde a lo sumo permane

ceré unos pocos, muy pocos días, para seguidamente, por ferrocarril, plantarme en San Sebastián, y dicho se está, que, al salir de Gijón, te telegrafiaré para que estés advertido de mi llegada.

»Voy solo, a pesar de los vehementísimos deseos que tenían de acompañarme Lola y Abelardo; porque la primera no puede apartarse del cuidado de su anciana y achacosa madre, ni del cuidado y dirección de los intereses que ella gobierna; y el segundo, porque, además del auxilio que a su madre presta, necesita concluir este año su carrera de derecho...

»Nada más: hasta la vista y recibe un estrecho y cariñoso abrazo de este leal y agradecido amigo.— *C. Delgado.*»

Durante el viaje escribió otra nueva carta, confirmación de la anterior:

«Vapor *Alfonso XIII*, 30 Junio 1916

»Sr. D. Pedro C. Bidaguren.—San Sebastián

»Estimado amigo: Te escribí desde la Habana anunciandote mi partida para esa con objeto de restaurar mi salud algo quebrantada, y por si no la hubieses recibido todavía te reitero con la presente el encargo que te hacía de que me proporcionen un hospedaje confortable, pero económico y modesto donde pueda yo hacer vida tranquila de familia, pues tengo el propósito de pasar una larga temporada entre vosotros para ver si recupero mi salud.

»Gracias anticipadas por cuanto hagáis en mi obsequio... te envía un estrecho abrazo tu amigo afmo.— *C. Delgado.*»

En ambas cartas se nota el vivísimo anhelo del insigne médico por llegar al choco querido de sus ilusiones.

J. BENGOCHEA



GLORIAS DONOSTIARRAS

El Dr. D. Claudio Delgado Amestoy.

(Continuación.)

El añorado hospedaje en su querido *choko* estaba dispuesto, donde le aguardaban brazos cariñosos expresivos de una amistad efusiva y acendrada. Pero el sabio donostiarra no parecía.

Calculada la llegada del buque y la breve estancia en Gijón, el tiempo transcurrido era excesivo y esto producía viva inquietud.

La inquietud transformóse en desoladora pena y amargura al saberse la fatal nueva del fallecimiento del Dr. Delgado. Primero fueron noticias particulares; después El Comercio, periódico de Gijón, transmitía el triste desenlace con la fúnebre forma literaria propia del caso:

«El Sr. D. Claudio Delgado Amestoy, Dr. en Medicina y Cirugía, falleció el día 13 de Julio de 1916 en la casa «El Barredo» (Infiesto), después de haber recibido los Santos Sacramentos. R. I. P. Su desconsolada esposa D.^a Dolores Alonso Herrera (ausente); hijo D. Abelardo (ausente); madre política D.^a Francisca Herrera (ausente); hermano político D. Angel Alonso (ausente); sobrinos y demás parientes, tienen el sentimiento de participar a sus amistades tan sensible pérdida.»

El mismo periódico decía en las notas necrológicas dedicadas al ilustre finado:

«Este distinguido caballero, que gozaba de gran prestigio entre los españoles residentes en Cuba, falleció súbitamente en la casa que en

«El Barredo» (Infiesto), tiene la familia de aquel inolvidable asturiano que en vida se llamó don Antonio Díaz Blanco, a la cual había venido a saludar desde Cuba.

»Unía al finado con esa distinguida familia un vínculo de estrecha y antigua amistad, y al volver momentáneamente a Asturias quiso rendir a la viuda e hijos del que fué su grande amigo el testimonio de su inquebrantable afecto.»

»Cuando le dije adiós a bordo del Alfonso XIII, dice la insigne escritora Eva Canel, tantas veces citada, sabía que era el adiós eterno: su naturaleza había terminado sus funciones, sólo quedaba el espíritu gigante del vasco y el talento soberano del sabio: éstos no habían decaído. El cabía también que iba a morir: sus grandes conocimientos médicos no podían equivocarse y su voluntad era morir donde había nacido, en San Sebastián.»

Sin novedad realizóse la travesía y la visión de su choko querido, adonde esperaba llegar en breve tiempo, debió colorear con los más sugestivos matices las horas inacabables pasadas a bordo del Alfonso XIII.

Al desembarcar en Gijón, numerosos amigos le rogaron que se quedara en Asturias algunos días, y conteniendo sus ansias por pisar la tierra natal, accedió a los ruegos, y se trasladó a la señorial posesión que en «El Barredo», cerca de Infiesto, posee la familia Díaz Blanco. Allí, al lado de la señora viuda del insigne industrial asturiano y de algunos de sus hijos que tanto querían al Dr. Delgado, al médico y amigo que los atendía cuando eran niños, allí le sorprendió la muerte, causando la natural consternación en la familia de la que era huésped, como después al ser conocida la terrible nueva ocasionó en cuantos conocían al doctor donostiarra, así corporaciones como particulares.

En la hermosa iglesia de San Felipe de Neri, en Habana, se celebraron el día 11 de Agosto solemnes exequias por disposición de la familia del finado.

»Durante la misa, dice un cronista, el camarín del artístico altar mayor donde luce su radiante hermosura la Virgen del Carmen, estaba iluminado con bombillas eléctricas.

»En el centro de la nave principal de la iglesia se levantaba un suntuoso y elegante túmulo, imitación a mármol, luciendo una columna tronchada por un lazo de crespón, rodeado de cirios y cuatro pebeteros encendidos, donde se cantó el último responso, que fué solemnísimos. En esos momentos fué iluminado profusamente el altar mayor. La iglesia se hallaba Severamente enlutada.

»A la selecta concurrencia de fieles se le repartió elegantes recor-

datorios del imponente acto, adornados con preciosas estampas y oraciones, entre éstas una que decía así: «La bondad de su corazón le hizo estimar de los que le conocieron y su memoria será siempre bendecida.— *San Gregorio*».

El piadoso pensamiento que hemos reproducido del cronista, parece compuesto para el insigne sabio donostiarra, en quien la bondad fué la característica saliente de toda su vida.

El cadáver del Dr. Delgado fué embalsamado y depositado en el panteón de la familia de Díaz Blanco, en el Valle, al lado de los restos del que fué su mejor amigo: D. Antonio Díaz Blanco.

Pero no era ese el pensamiento ni el deseo del sabio médico,, que, como trascribimos de la escritora Eva Canel, aspiraba a que sus restos abonaran de gloria la tierra nobilísima en que abriera los ojos a la vida.

El Dr. Delgado quería el sepulcro al lado de su cuna. Quería que sus despojos reposaran en su querido *choko*. Pero no se ha cumplido su última voluntad. Los restos han quedado en Asturias.

¿No habrá en San Sebastián hijos amantes de su pueblo que querrán cumplir el último deseo del Dr. Delgado? Que honren a nuestra ciudad querida, trasladando a este choho los restos del hijo ilustre y benemérito que honró en vida el nombre de San Sebastián y ha de cubrirla luego con los resplandores de su gloria.

J. BENGOCHEA

GLORIAS DONOSTIARRAS

El Dr. D. Claudio Delgado Amestoy.

(Continuación.)

La triste nueva del fallecimiento del insigne doctor donostiarra produjo en todas partes dolorosísima impresión y la figura del sabio fué agigantándose cuando la muerte despiadada le arrancó de entre nosotros.

Unánimes fueron las manifestaciones de sentimiento, y entre las entidades que se apresuraron a expresar su condolencia por tan irreparable pérdida, cábenos la satisfacción de señalar a la representación popular de la ciudad en que viera la luz el inolvidable sabio y donde según sus deseos hubiera cerrado los ojos a la vida.

En efecto el Excmo. Ayuntamiento de esta Ciudad acordó en sesión pública constara en acta el dolor que la muerte de este benemérito donostiarra había causado en la Ciudad, y que se transmitiera un sentido pésame a la familia doliente.

Cumpliendo dicho acuerdo se dirigió un cablegrama, que, por las restricciones establecidas a causa de la actual guerra europea, hubo de redactarse en francés, y cuya versión española es como sigue :

«Viuda doctor Delgado, Príncipe Alfonso, 503, Habana.

»La ciudad natal del doctor os envía sus condolencias.—Inciarte, Alcalde.»

La ilustre dama que ha compartido amorosamente con el insigne

sabio fallecido días de angustia y momentos de pura alegría, contestó reconocidísima en estos términos:

«Gratitud del alma para la querida ciudad y su digno alcalde.
»Viuda e hijo del Dr. Delgado.»

Iguales manifestaciones de duelo recibió la desconsolada familia por parte de autoridades y corporaciones, mereciendo mención especial la visita que hizo el Di. López del Valle para dar el pésame en nombre del Gobierno cubano.

Las entidades científicas de la Isla rindieron sentidos homenajes a la memoria del ilustre sabio, y entre ellas la Junta Nacional de Sanidad de la Habana celebró una sesión necrológica en la que el Dr. José Antonio López del Valle leyó el siguiente discurso:

«Señores de la Junta:

«Acaba de fallecer en Asturias, España, donde fué en busca de la salud y del reposo perdidos el ilustre médico Di. Claudio Delgado y Amestoy, profesional de extraordinario valer por la profundidad de sus conocimientos, extensa cultura y claro talento; hombre de positivos méritos y de excelentes virtudes; investigador profundo y meritísimo, al que adornaban las más bellas prendas morales. La sencillez y modestia de su carácter, eran tan sólo comparables a sus grandes merecimientos.

»El Dr. Claudio Delgado fué compañero inseparable, amigo cariñoso y leal, colaborador valioso y discreto de nuestro glorioso Finlay, en sus trabajos experimentales para demostrar su descubrimiento maravilloso sobre la trasmisión de la fiebre amarilla por medio de la picada del mosquito «estegomia calopus».

»Y en los días amargos y difíciles de las pruebas primeras; en los instantes llenos de angustias, por lo inciertos; en que Finlay daba comienzo a esas sus experiencias, cuando casi todo el mundo le volvía la espalda, no escuchando su palabra de iluminado y de profeta, conde-rándole como un iluso o acaso como un loco; cuando se dudaba con ironía mortificante, hija de la ignorancia, de la verdad de sus teorías y no se aceptaban, ni aun admitían los fundamentos científicos de la misma, hubo un hombre que con su inteligencia, con su cariño y con su amistad, pudo ver «el más allá» que Finlay, con su genio, había descubierto. Y desde esos instantes, ese hombre fué el colaborador entusiasta y decidido, el admirador convencido y el paladín generoso, de la noble causa que Finlay proclamaba.

»Y con fe inquebrantable del convencido, seguía al maestro en sus

evangélicas enseñanzas, acompañándolo sin dudas ni vacilaciones, en el camino árido del calvario científico, que tuvo que recorrer. En todos los momentos, le prestó el calor de un corazón que latía junto a suyo a impulsos de un mismo amor a la ciencia y a la humanidad. Y cuando los demás discutían y negaban rotundamente la verdad de sus descubrimientos y se negaban a oír su voz profética, Finlay tuvo a su lado a ese compañero ejemplar que con su devoción y con su afecto, compensaba las ingratitudes de los otros. Y ese hombre noble por su proceder; grande por su amor a Finlay y por sus arraigados convencimientos científicos, de sencillez verdaderamente infantil, era el Dr. Claudio Delgado Amestoy.

»Finlay expuso por vez primera los fundamentos de su teoría científica acerca de la trasmisión de la Fiebre Amarilla por medio del mosquito, en la Academia de Ciencias, en el año 1882. Por aquella época, Delgado, por su propio valer, por su origen, por su posición económica desahogada y por sus relaciones de familia y sociales, gozaba de grandes y bien merecidas influencias en el gobierno de la Colonia. Era hombre que se había captado las generales simpatías, por la bondad de su carácter, por su gran experiencia clínica, por su proceder altruista y por su trato amable y deferente. Las autoridades españolas lo respetaban y distinguían; no tan sólo por su valer sino porque les inspiraba absoluta y plena confianza en lo que pudiéramos llamar sus «procedimientos políticos». Delgado era el médico, el amigo, el contortulo de las más distinguidas familias y de los personajes que ocupaban elevadas posiciones en el Gobierno en esos tiempos. Y él que era un hombre de vida tranquila, de gustos sencillos y modesto hasta la exageración, no aprovechaba para sí esas ventajas que le ofrecían su posición y sus amistades. Todas esas influencias y predicamentos los puso generoso y convencido, al servicio de la causa gloriosa de Finlay, tendiendo sobre ese nuestro ilustre compatriota, como para ponerlo al abrigo de dificultades de orden político, el amplio y valioso manto de sus personales influencias. Gestionó una y otra vez, el apoyo oficial para Finlay, solicitando, sin éxito favorable, que se prestara al descubrimiento de ese médico insigne, la atención que demandaba. Y ante las negativas reiteradas, ante las puertas que se cerraban para «no dar paso a la luz», Delgado, lejos de desmayar o de decaer en su entusiasmo por Finlay, continuaba fiel a su lado, alentándolo con palabras cariñosas y ayudándolo en sus trabajos e investigaciones. «Los demás, diría Delgado, están ciegos. No pueden ver la luz y por eso la niegan. Pero yo, que he tenido la suerte de sentir su calor por estar al lado del astro que la produce, no cesaré en proclamar y en sostener que día ha de llegar en que ilumine el camino de la Ciencia.» Y ese fué el mérito positivo e indiscutible de Delgado. No abandonó a Finlay ni un solo instante, prestándole fervorosa consciencia y firme cooperación. Jamás negó al maestro. Con fe inquebrantable, permaneció

cía siempre a su lado, en los instantes difíciles, ofreciendo un alto ejemplo de consecuencia y lealtad científicas. Y más tarde, en la hora en que se alcanzó el triunfo resonante, al ser ya oficialmente aceptada la teoría de Finlay, al comenzar a obtener los extraordinarios resultados prácticos, «cuando la luz se hizo», Delgado, con su modestia indecible, se borra por completo, oculta su persona en las nubes que levantaba a su paso el carro de la Victoria.

»Fué preciso que Finlay—grande en su genio, por su corazón y por su virtud—fuera a buscarle a su retiro, a su gabinete de estudio, donde el cual, amorosamente recluso entre sus libros y el cariño de la familia, gozaba de la gloria de su amigo y compañero. Era algo así como una felicidad refleja, nacida al choque de la gloria de Finlay sobre la bondad de Delgado.

»Finlay, con fecha 2 de Enero de 1901, dirigió a Delgado una carta en la que con sencillez encantadora y con una noble ingenuidad, le da cuenta de lo que él llamaba «el triunfo de nuestro mosquito». Y en ocasión memorable, Finlay, al dar las gracias por las demostraciones de admiración y de gratitud que en premio a su descubrimiento le tributaban los médicos de Cuba, decía lo siguiente:

«Ahora veinte años, guiado por indicios que estimaba seguros, »salí a explorar un campo yermo y desconocido; encontré una piedra »de aspecto tosco y grosero, la recogí y con el auxilio de mi eficaz y »constante colaborador, Dr. Claudio Delgado, la raspamos y exami- »names cuidadosamente, resultando para nosotros el convencimiento »de que aquello era diamante bruto. Mas nadie quiso creernos, hasta »que al cabo de veinte años, vino una Comisión de hombres intelligen- »tes y adiestrados en tales faenas, mejor dotados y pertrechados que »yo y en corto tiempo extrajeron del tosco cascarón la piedra cuyo »brillo hoy a nadie puede ocultarse.»

»Más tarde, al ser nombrado el Dr. Finlay Jefe Superior de Sanidad de la República, solicitó, de nuevo, los servicios de Delgado, invitándole a tomar parte en los trabajos que se realizaban para la extinción de la Fiebre Amarilla, es decir, para la ampliación práctica de su doctrina, de aquella que Delgado había sostenido con él durante casi un cuarto de siglo. Y vino Delgado al Departamento a colaborar en esos trabajos, como soldado de fila, disciplinado y trabajador, rindiendo jornadas brillantes en las campañas para combatir la infección amarilla en las zonas rurales de Cuba.

J. BENGOCHEA

(Continuará.)

GLORIAS DONOSTIARRAS

El Dr. D. Claudio Delgado Amestoy.

(Continuación.)

»Recuerdo en la época en que yo desempeñaba la Inspección General del Departamento, libramos rudos combates en las más áridas y difíciles regiones. Trabajamos reunidos en distintos términos y poblaciones de las provincias de la Habana y Matanzas y en las poblaciones de Cruces y Santa Clara. Por las condiciones especiales de algunos de los pueblos y sitios de campo en que teníamos que residir, nos veíamos obligados a observar un régimen de vida por demás penoso y lleno de privaciones. Carecíamos a veces hasta de los alimentos más precisos y necesarios para la vida. Hubo día, que a pesar de tener oro en nuestras bolsas, nos acostamos con hambre, por falta de medio y de elementos para la preparación de las comidas. En las épocas de las aguas teníamos que recorrer a caballo los campos, azotados por las inclemencias del tiempo y calados por el agua, pues en aquella época me encontraba en plena juventud. El mérito estaba en Delgado, que cargado de años y de laureles, nos acompañaba en tan difíciles labores y porque él trabajaba, no por los honorarios que recibía, pues era rico, sino por sus entusiasmos científicos.

»Claudio Delgado nació en San Sebastián (España). Vino a Cuba de tierna edad-y aquí se formó y educó. Con razón se dice: «que él era hijo científico de la Habana». Delgado era un médico que gozaba de bien ganada reputación científica, de antigua y provechosa práctica. Trabajó durante largo tiempo con Casuso, en la Clínica de Ginecología de Jesús del Monte. Fué, además, cirujano de gran nombre y le cabe el honor de haber sido el primero en practicar la trasfusión de la

sangre en Cuba. Por cierto que en una de esas operaciones, se le ofreció oportunidad de poner a prueba toda la grandeza de SU alma. Se trataba de un herido atendido en el Hospital de San Felipe y Santiago, servicio del Dr. Menocal, cuyo enfermo, después de una amputación, perdió una gran cantidad de sangre. Llevado al citado hospital, se acordó como un medio de tratamiento, practicar la trasfusión. Delgado fué invitado a llevar a cabo esa operación y solicitó el concurso de los jóvenes estudiantes de medicina que presenciaban el acto. Tres estudiantes ofrecieron prontamente su sangre generosa, para salvar la vida de aquel individuo. Delgado tomó una pequeña cantidad de sangre de cada uno de ellos para hacer el total que él creía necesario para el éxito de su trabajo. Pero sucedió que en los momentos finales de la operación, la vena incidida en el tercer alumno, no daba sangre. Y entonces Delgado, tranquilo, noble y decidido, volviéndose al Dr. Menocal le ofreció su sangre para terminar su operación.

»Desempeñó Delgado los cargos más delicados y difíciles durante el gobierno de España y le fueron confiados estudios de gran valer y en los que puso a prueba su claro talento, su gran inteligencia y su probidad extraordinaria. Fué Director por espacio de muchos años del Hospital de San Antonio, perteneciente a la Sección de Higiene Especial. Como resultado de su experiencia, presentó una interesante Memoria acerca de las mejoras que debían de introducirse en ese importante servicio y ese su trabajo fué objeto de las mayores celebraciones y plácemes. La Academia de Ciencias Médicas de la Habana, lo nombró socio de número en 1883. Más tarde, fué nombrado Secretario de la Sección de Ciencias y Bibliotecario de la Academia. Entre los diversos y notables trabajos por él presentados en la Academia de Ciencias figuran los relativos al cólera, instalación de laboratorios bacteriológicos; informes sobre fiebre amarilla y otros que demuestran su amor al estudio, a la enseñanza y al trabajo. Delgado fué Secretario de la Sociedad de Estudios Clínicos, miembro de la Comisión del saneamiento de la Habana en 1899, vocal de la Asociación de Socorros Mutuos de Médicos; archivero y bibliotecario de la Sociedad Antropológica y figuró además en las Directivas de distintas sociedades científicas y sociales de la Habana, a las que prestó siempre el concurso de su voluntad firme, de su personal experiencia y de sus excelentes deseos en beneficio general.

»En la Casa de Beneficencia y Maternidad, de la que fué Diputado perpetuo, ha dejado una estela imborrable de cariño por su desvelo en bien de la niñez y por sus iniciativas para librar a los pequeños asilados en esa institución, de las infecciones que los diezaban en épocas pasadas. Delgado, con Finlay, Casuso y Tamayo, fué de los primeros precursores de la antisepsia en Cuba. Era un partidario decidido y ferviente de los nuevos métodos operatorios y de los primeros en aplicarlos en las intervenciones quirúrgicas, tanto en la Clínica de Casuso, en

Jesús del Monte, como en la sala de opciones del Hospital de San Antonio.

»Escribo, señores de la Junta, estas breves notas al volar de la pluma, bajo la impresión dolorosa que ha causado en mi alma la pérdida irreparable de ese compañero estimadísimo. No dispongo ni del tiempo ni de la tranquilidad de espíritu que se requiere para anunciar la obra de Delgado y carezco de las condiciones apropiadas para analizar su personalidad científica. Por estas razones poderosas, me limito en estos instantes al daros la triste noticia del fallecimiento de ese médico insigne, a levantar acta y hacer constar el pesar que nos embarga por la desaparición eterna del que, si como ciudadano y como médico ganó en vida el respeto y la consideración de los hombres de ciencia, en cambio, para los médicos sanitarios cubanos, hubo de conquistar, además de esos sentimientos, los de la más alta admiración, la gratitud mayor y el cariño profundo, por su participación en la gran obra de Finlay y por sus trabajos sanitarios valiosísimos para contribuir al dominio de la fiebre amarilla.

»Estamos de duelo. Ya el ilustre señor Secretario del Departamento ha hecho presente a la señora viuda del Dr. Delgado, el pésame del Gobierno de Cuba por la muerte de ese sabio médico. Y yo recomiendo a mis compañeros de Junta que, de pie, en honor de la memoria del Dr. Claudio Delgado, acordemos asociarnos a ese pésame y recomendar al señor Secretario de Sanidad y Beneficencia que se coloque un retrato al óleo del Dr. Delgado en la galería de médicos y sanitarios de la Secretaría, para perpetuar así, entre nosotros, el recuerdo del que fué nuestro compañero en las diarias tareas.»

Y con la más perfecta unanimidad, con absoluta conformidad en el reconocimiento, de los grandes merecimientos del inolvidable doctor donostiarra, aquella asamblea de reputados médicos que constituye la Junta Nacional de Sanidad de Cuba, acordó, por aclamación, que el retrato del Dr. Delgado engalane en lo sucesivo la Secretaría de Sanidad.

Este acto de homenaje dedicado por sus propios profesores, es una muestra irrecusable de que las relevantes cualidades que adornaban al insigne sabio donostiarra, han obtenido el sello de aprobación y reconocimiento, por parte de los más capacitados para apreciarlo, tanto por razón de su carrera como por su razón de residencia en la Gran Antilla.

El notabilísimo discurso leído por el Dr. Valle con la unánime aprobación de la culta e inteligente concurrencia, es la proclamación solemne de las grandes virtudes, de los profundos conocimientos, de la labor admirable en pro de la Humanidad, que forman la estela

brillantísima que de su paso en el mundo ha dejado grabado nuestro insigne e inolvidable paisano.

Cuando con tanta elocuencia y autoridad se expresan los hombres de ciencia llamados a aquilatar los hechos inemorables del llorado médico, fuerza es que nosotros, arrastrados por el movimiento impulsivo de la sangre, y al ver tan encumbrado el nombre ilustre de un erritarra, demos rienda suelta a nuestro entusiasmo para proclamar y enaltecer su nombre ilustre, y laborar sin descanso por su glorificación.

J. BENGOCHEA

(Continuará.)



GLORIAS DONOSTIARRAS

El Dr. D. Claudio Delgado Amestoy.

(Continuacion.)

Comentando el discurso que hemos publicado, decía La Marina de la Habana:

«El Dr. López del Valle ha propuesto que el retrato de Claudio Delgado se coloque en la Secretaría de Sanidad.

»Es un acto de justicia, porque el Dr. Delgado fué un colaborador decidido y constante del gran Finlay.

»Como fué un precursor de ambos el Dr. Rouse.

»A la ciencia de españoles y cubanos y a la energía de los americanos se debe la desaparición del terrible azote de la fiebre amarilla.»

Así opinaban en la Habana, y esta opinión se manifestaba solemne y rotunda en los actos que las entidades científicas de la isla dedicaban a la gloriosa memoria del insigne sabio donostiarra,

Pero no concretaban a la isla sus ansias de ver enaltecida la figura nobilísima del Dr. Delgado, sino que extendían a todas partes el eco de sus espontáneas alabanzas.

La tantas veces mencionada Eva Canel referiase al propósito del Dr. Santos Fernández de leer en el Ateneo de Madrid su discurso acerca de la «Vida y trabajos del español Dr. Claudio Delgado» y decía: «así va la verdad, ahora, como estola brillante del ilustre cubano, para contribuir a que ocupe su puesto la figura gloriosa del doctor Delgado, en todos sus aspectos, y pase a la posteridad en compañía del Dr. Finlay. Los españoles al escuchar las frases de consagración que

saldrán de los labios del Dr. Santos Fernández, sabrán que un compatriota, un vasco de reciedumbre cerebral potente, fué el más firme sostén, y en algún tiempo el único, del sabio hijo de Cuba.»

Alude en el discurso de referencia a la llamada del Dr. Delgado y a su participación en la científica tarea, y exclama el Dr. Santos Fernández: «Si entonces que compartíamos la tarea con un genio nos vimos perplejos, hoy que estamos solos porque nuestro ilustre compañero ha desaparecido por entrar de lleno en la inmortalidad, nuestra tarea es más ardua.»

El Dr. Santos Fernández dedícase en su discurso a la presentación del sabio donostiarra y estudia sin ahondar, pero sin regatearle méritos, que sólo el mérito sabe apreciar y conceder con espontaneidad y lealtad. Exalta la excesiva modestia del Dr. Delgado y declara que es rara, muy rara, esta excelsa cualidad en el hombre, y verdaderamente, es caso inusitado que nadie haga, lo que hizo el compañero del doctor Finlay: contribuir a las excelsitudes y quedarse en la sombra voluntariamente; dar todo y no reclamar nada; poner cuanto tenía y podía, que podía y tenía mucho, sin señalar la más pequeña remuneración de gloria: a su espíritu inmenso le bastaba el amor de su hermano en la ciencia y en la vida del alma.

Por eso la Humanidad se encuentra en el deber de reparar sus humildades: la modestia no cabe más que en su sepulcro; la ha llevado a la tumba; no la desenterremos porque era suya y no puede ser nuestra. Nosotros no estamos en la obligación de ser modestos para el gran humilde y cuanto más modesto ha sido él es mayor el deber de presentarlo en el plano elevado que le pertenece.

Las precedentes consideraciones que la prestigiosa escritora Eva Canel ha extraído del discurso a que venimos refiriéndonos, las amplía en los siguientes términos:

«El Dr. Santos Fernández ha hecho un final de discurso que dicho por él, con esa majestad que fluye de su figura venerable y la magnificencia de su nombre, producirá muy honda sensación en el docto auditorio. Pide el Dr. Santos Fernández que en el monumento proyectado en la Habana al Dr. Finlay, figure el Dr. Delgado y encarga al escultor que le coloque en la actitud de sencillez y de inferioridad que él quiso reservarse en el mundo.

»Esto sería penetrar con elevadísima sutileza del artista, en el espíritu impenetrable del sabio donostiarra, cosa que me parece irrealiza-

ble; para poder apreciar la abnegación del que amaba entrañablemente al Dr. Finlay, hay que haber pasado horas y horas en plática con él en sus últimos tiempos: hay que haber estudiado en gestos, apenas perceptibles, adivinando cuanto se callaba, desentrañando la historia de los miles de vidas que habían pasado por la suya, acaso lacerándola, sin que citase a nadie, ni nombrase a nadie, ni denunciase a nadie. Por mucho que haga el escultor, aun siendo eximio artista, si penetra en el fondo de aquella entraña generosa, nunca podrá lograr esa actitud de modestísima inferioridad que él adoptó en el mundo.

»Pide también el Dr. Santos Fernández que en España se levante otro monumento y no podemos menos de apoyar y secundar esa petición cuantos estamos en el deber de perpetuar los nombres de esos dos benefactores humanos que nos pertenecen, que de hecho y de derecho son nuestros, no solamente por su gloria, sino por el tesón y el sacrificio con que lucharon para salvarnos de un flagelo.

»El Dr. Santos Fernández tiene razón: deben levantarse dos monumentos, uno en la Habana y otro en España: la Marquesa de Argüelles quería levantar uno a Cuba en Oviedo; yo no pude penetrar la finalidad de ese monumento, pero ahora la entusiasta mujer que goza de influencias, puede ponerlas y las pondrá para que sea nacional. El monumento a los dos sabios fraternales, Castor y Pólux de la ciencia y del bien, debe ser levantado en San Sebastián: además de ser aquel solar y cuna de Lino de ellos, San Sebastián es pórtico que trasponen al entrar en España los extranjeros que ignoran si hay, tras de los Pirineos, algunos beneméritos de la Ciencia y el Arte.

»El Centro de Dependientes de la Habana ha instituido un premio Finlay-Delgado, uniendo y consagrando esos dos nombres; y para que se vea como hasta la Providencia los une, el Dr. Le Roy, secretario de la Academia de Ciencias, hizo ver a Abelardo Delgado, el hijo amante que rinde culto fervoroso a la memoria de su padre, le hizo ver, digo, que la casualidad, pura y exclusivamente la casualidad, había determinado, que al pasar los trabajos del Dr. Delgado de la sección de académicos vivos a la de académicos fallecidos, les tocase estar juntos en el encasillado: vale decir, unidos, científicamente, hasta en los estantes de la Biblioteca.

»El Dr. Santos Fernández sera en España el retoño querido a la par que honroso portador de una misión científica y a la vez de otra hermosa y adorable: la de abrazar en la posteridad perpetuamente dos sabios que subieron unidos un calvario de redenciones físicas para sus semejantes, pisando los abrojos que nacían de la semilla abundante y prolífica. arrojada en el camino de sus éxitos por la chacota estulta y por la negación documentada.»

No puede menos de llamar nuestra atención, en las noticias que del discurso comentado adelante la notable escritora Eva Canel, el pro-

pósito de levantar en esta ciudad un monumento que perpetue el nombre excelso del sabio cubano Finlay, y el no menos glorioso de nuestro insigne paisano el Dr. Delgado.

Aplaudimos con caluroso entusiasmo tan justa y razonable iniciativa, haciendo votos para que llegue acristalizar en satisfactoria realidad y orle una plaza de nuestra ciudad querida el busto del sabio donostiarra asociado al del benemérito cubano, el Dr. Finlay.

J. BENGOCHEA

(Concluirá.)



GLORIAS DONOSTIARRAS

El Dr. D. Claudio Delgado Amestoy.

(Conclusión.)

Hemos llegado al final de la tarea que nos propusimos al dar a conocer esta personalidad, reciamente donostiarra, que por sus propios y personales méritos llegó a escalar los puestos más elevados del mundo científico.

El Sr. Delgado pertenecía por su nacimiento a una de las familias más intensamente donostiarras, algo que ahora llamaríamos típicamente *koškeras*. Su parentesco con José Vicente Echagaray, el obligado cantor de las fiestas donostiarras, el autor de villancicos para Navidad y pastorales para las comparsas, expresión de las alegrías de aquellos regocijados *jošemaritarras* de pasados tiempos; ese parentesco graba, sella con inconfundibles caracteres el donostiarrismo en que se desarrollaran la infancia y adolescencia del eximio doctor, para manifestarse nuevamente cuando en el ocaso de sus días suspira por el suelo natal donde quería que reposasen sus despojos.

Dijimos que el Sr. Delgado nació en esta ciudad en el núm. 9 de la calle Mayor. Ese fué el resultado de las gestiones practicadas en averiguación de tal circunstancia. Sin embargo, nos aseguran que el ilustre finado decía que la casa donde él nació era la núm. 13 de la misma calle Mayor. No pudiendo, por nuestra parte, aclarar por el momento esa confusión de números, nos concretamos a recoger las dos versiones, sin que desesperemos de poder señalar más tarde de un modo categórico y definitivo el número exacto.

Respecto a su marcha a Cuba, podemos ampliar las noticias que antes publicamos, añadiendo que al llegar a la gran Antilla, se colocó de tenedor de libros en una casa de comercio de Cienfuegos, siendo allí donde conoció a Antonio Díaz, a quien más tarde enseñó la teneduría.

Ya hemos visto cómo luego, abandonando el comercio, se dedicó al estudio de la medicina, cuya carrera cursó con calificaciones brillantísimas.

También hemos podido apreciar la actuación superior a todo encomio en el ejercicio de su noble profesión, sus prendas personales, su modestia, su desinterés, su hombría de bien tan en consonancia con las tradiciones de la raza vasca.

A este propósito nos facilitan una nota que vamos a trasladar aquí, como complemento de los datos biográficos ya publicados.

Dice así:

«En la villa de Guanabacoa se encarceló (sin que por el momento se recuerde la causa) a un dentista de nacionalidad americana. Cansado éste de verse encerrado en la prisión, adoptó la fatal resolución de poner fin a sus días, y no disponiendo en su celda de arma ni ningún otro elemento adecuado a sus siniestros propósitos, consumó su obra dándose de cabezadas contra las rejas de su encierro.

»Enterados del suceso los americanos, y deseando quizá hallar un pretexto para justificar una agresión contra España, promovieron un gran movimiento de protesta, alegando que eran los centinelas españoles encargados de la vigilancia carcelaria, quienes de un tremendo tranco en la cabeza habían dado muerte al desventurado dentista.

»Cursadas las oportunas reclamaciones, nombróse un tribunal integrado por autoridades españolas y americanas encargado de resolver la cuestión, que ya envolvía caracteres de gravedad internacional.

»Entonces el Gobierno español de la Isla designó al Dr. Delgado para que como facultativo informase en el asunto, mientras los americanos hicieron idéntica designación en otro médico de su nacionalidad.

»Llegado el día en que ambos facultativos debían emitir su dictamen, el Dr. Delgado presentase ante el tribunal con un cráneo, que, con anterioridad, se había proporcionado en el Cementerio. En tal forma y fudándose en unas líneas que había trazado en el craneo que exponía al tribunal, cuyas líneas coincidían con la forma que presentaba la herida en la cabeza del suicida en que se advertía una depresión muy marcada del frontal, llevó la convicción más absoluta al ánimo de todos los presentes, de que la herida que se examinaba había sido producida por el golpe dado contra las rejas de la prisión, y en

manera alguna de supuestos trancazos, pues los parietales permanecían intactos.

»Inútil será manifestar, que cuando correspondió al médico americano exponer su dictamen, no tuvo más remedio que confesar lisa y llanamente su conformidad con el criterio sustentado por el Dr. Delgado; que fué, por último, aceptado por todo el tribunal, fracasando de este modo y merced a la intervención del ilustre médico donostiarra, aquella tentativa cautelosamente preparada para declarar la guerra.

»La voladura del *Maine* les ofreció ocasión propicia para llevar a cabo planes acariciados con antelación. Pero lo de Guanabacoa no cualó merced al Dr. Delgado.»

La nota saliente en la biografía de nuestro insigne paisano fué, como hemos expuesto con alguna extensión, su colaboración con el Dr. Finlay en la meritísima tarea de combatir la horrible enfermedad de la fiebre amarilla.

Este hecho le ha de acarrear las bendiciones de la actual y futuras generaciones, y hará que su nombre quede inscripto entre los grandes bienhechores de la Humanidad.

A tal fin se dedican los propósitos ya iniciados de levantar dos monumentos a la memoria del Dr. Finlay y el Dr. Delgado.

El primero debe necesariamente construirse en la Habana. Para el segundo se designa a San Sebastián.

Nos congratularemos de que ambos proyectos se lleven a la realidad y que los donostiarras podamos presentar orgullosos la efigie de nuestro esclarecido paisano envuelto en el nimbo de gloria a que le hacen acreedor sus grandes merecimientos.

J. BENGOCHEA
